

MARCEL

De Marcel, me acuerdo con todo detalle del primer día en que lo vi.

Íbamos con el coche, Odile y yo, desde el centro hacia Lomé, la capital de país. Era uno de los muchos viajes que hemos hecho juntos por aquellas carreteras, y me acuerdo que pasando por un pueblo que cruzamos de camino (Zafi), Odile frenó de golpe.

Distraído como iba, pensé, primero, que alguna gallina nos cerraba el paso o tal vez un rebaño de cabras cruzaba el camino, como tantas veces. Pero en seguida me hizo señal de que allí, entre callejuelas, apartado de un grupo de niños que jugaban descalzos por la calle, había otro que le llamaba la atención.

Este niño era Marcel.

Con su ojo experto, después de tantos años, distinguió al instante de que aquel niño pequeño (de unos 5 o 6 años, creímos) era especial.

Nos acercamos, Odile habló con el e inmediatamente entendimos que Marcel sufría de una parálisis cerebral. Efectivamente, los síntomas de la enfermedad eran evidentes. El podía entender lo que Odile le decía pero no podía hablar.

Sin perder ni un minuto le pidió que nos acompañara a ver a sus padres y familiares. Odile quería conocer su historia y explicarles que, a lo mejor, podríamos ayudarles.

En resumen su historia es esta. La madre lo abandonó de pequeño. El estigma y el sentirse repudiados por la comunidad hicieron que tomara esta decisión desesperada.

Su padre, alcohólico, aparecía y desaparecía de su vida, de tal manera que los únicos que tenía cura de él, por decirlo de alguna manera, eran sus tíos. Los mismos que nos estaban contando el caso de Seseno, como le llamaban.

Pero la cruda realidad es que Marcel, como tantos otros niños, vivía en la calle. Y no puedo imaginarme lo que esto significa. Con parálisis cerebral que no le permite comunicarse con normalidad, con graves problemas de deglución, con las manos atrofiadas, abandonado por sus padres y teniendo que buscarse la vida para conseguir algo de comida, que podía tragar a duras penas, repudiado por todos y con un añadido todavía más cruel: considerado un Niño-Serpiente.

En muchos países africanos y particularmente en Togo, la enfermedad mental no es tratada por médicos expertos si no por brujos y brujas, por chamanes. Es un tema de espíritus que hace falta ser tratado por los conocedores de su lenguaje. Y así fue cuando de pequeño una bruja o un chamán decidieron que Marcel era un Niño-Serpiente. Una especie de pequeño dios.

Y con esta decisión le añadiero, puede que sin saberlo, una carga más a soportar. Ya no solo era abandonado y repudiado sino que además atemorizaba a todos.

Pero bien, como en los casos de los otros (ahora ya 14) chicos y chicas que viven en el centro, aunque pueda parecer que los padres/familiares no afrontaron la situación como debían, sí que escucharon a Odile e hicieron todo lo que se precisaba por llevar a Marcel al centro. Y ahí empezaron todos una segunda vida.

Se pasó del “tu no toques, tu no digas, tu no hagas, tu no hables, tu no puedes” al SI en mayúsculas.

Marcel es un joven (la realidad es que tiene unos 15 años) maravilloso. Hay ciertas cosas que le cuestan pero lo intenta y se le animaba a hacerlo, y hay muchas cosas que si puede hacer y las quiera hacer todas, siempre. Siempre está dispuesto a trabajar, siempre es el primero en ponerse en marcha. Le encanta hacer clase, le apasiona ir a la escuela, ayuda con todo, con el agua, en el campo, con los animales. Su tarea favorita es traer cosas de aquí para allá, los sacos de nuez de palma, los cazos repletos de maíz, siempre lo ves cargado y sonriendo.

Poque si una cosa tiene Marcel es que es un chico feliz y con una sonrisa de oreja a oreja!! Y cargado siempre de un amor infinito!!

El centro ha cambiado su vida y la de sus familiares. Su madre vino a visitarlo el año pasado. Y esto es magnífico!